



MORAL DE LA VIDA HUMANA.

—*—
LIBRO I.

DEBERES QUE CONCIERNEN AL
HOMBRE COMO INDIVIDUO.

—*—
CAPITULO I.

REFLEXION.

DBSÉRVATE á ti mismo ¡oh hombre! y considera para lo que fuiste creado. Contempla tus facultades; contempla tus necesidades y tus relaciones; así descubrirás los deberes de la vida y serás bien dirigido en todos tus caminos.

No procedas á hablar ó á obrar ántes de que hayas pesado tus palabras ó examinado la tendencia que te guía en cada accion ó paso que dés. Así lograrás que

la deshonra huya de tí y la vergüenza no penetrará en tu casa: el arrepentimiento no te visitará y el pesar no sombreará tus mejillas.

El hombre irreflexivo no refrena su lengua; habla al acaso y se enreda en sus propias torpes palabras.

Como el que corre de prisa y brinca una barrera, puede caer en un pozo que no ve, así sucede al hombre que no calcula y pesa sus acciones y preve sus consecuencias.

Escucha pues la voz de la reflexion: sus palabras son las de la sabiduría y sus senderos te conducirán á tu salvacion y á la verdad.



CAPITULO II.
MODESTIA.

¿Quien eres tú ¡oh hombre! que presumes de tu propia sabiduría? ¿Porqué te jactas de tus propias cualidades?

La primera condicion para ser sabio es conocer que es uno ignorante: y si quie-

res ser estimado por los demas, despójate de la pretension de parecer sabio.

Como un sencillo vestido es el mejor adorno de una mujer hermosa, así un porte modesto es el mejor ornamento de la sabiduría.

El discurso de un hombre modesto da lustre á la verdad, y la desconfianza en sus propias palabras excusan su error.

El no confia en su propia sabiduría; pesa los consejos de un amigo y recibe el beneficio de ellos.

Aparta el oido de su propia alabanza; no cree en ella; es el último en descubrir sus propias perfecciones.

Asi como un velo aumenta la hermosura, así aparecen sus virtudes hermoeadas por la sombra que su modestia arroja sobre ellas.

Contempla al hombre vano y arrogante; se viste con ricos atavios, se pasea en la calle pública; arroja miradas á su derredor y solicita la observacion de los demas.

Levanta su cabeza y mira abajo á los pobres; trata á sus inferiores con insolencia, y

sus superiores, en cambio, lo miran sonriéndose envuelto en su orgullo y tontería.

Desprecia el juicio de los demás; confía en su propia opinión y se ve confundido.

Se ensoberbece en la vanidad de su imaginación: su delicia es hablar y oír hablar de él mismo todo el día.

Aspira con voracidad su propia alabanza; y el adulator, en cambio, lo devora.



CAPITULO III. APLICACION.

Supuesto que los días que pasan se van para no volver jamás y nadie puede contar con los que están por venir, á tí te corresponde ¡oh hombre! emplear bien el tiempo presente, sin preocuparte por el que ya pasó ó confiarte en el que está por venir.

Este instante es tuyo, el que sigue está aún en el seno de la eternidad, y tú ignoras lo que él podrá traerte.

Cualquiera cosa que tengas que hacer, hazla pronto. No dejes para la noche lo que en la mañana puedas efectuar.

La pereza es pariente de la pobreza y del dolor; pero el trabajo honrado trae consigo el placer.

La mano diligente vence á la pobreza; la prosperidad y el éxito son compañeros del hombre industrioso.

¿Quién es aquel que ha adquirido riqueza, que se ha elevado hasta el poder, que se ha vestido los ropajes del honor, de quien todos hablan con elogio y que es llamado ante el Consejo del Rey? El que ha proscrito la ociosidad de su casa y ha dicho siempre á la pereza “tú eres mi enemiga.” Se levanta temprano y acuesta tarde: ejercita su espíritu en la contemplación y su cuerpo en la acción, y así conserva la salud de ambos.

El hombre perezoso es una carga para sí mismo: sus horas pesan sobre sus manos: vaga al acaso y no sabe que hacer.

Sus días pasan como la sombra de una nube, y no deja tras de sí ni una señal ni un recuerdo.

Sufre su cuerpo por la falta de ejercicio: desea moverse y no tiene fuer-

zas para ello. Su mente está en las tinieblas, sus pensamientos son confusos. Aspira al saber y no tiene aplicación. Se comería la almendra si pudiera; pero tendría el trabajo de quitarle la cáscara.

Su casa está en desorden; sus criados son destructores y alborotados; lo ve todo con sus ojos, lo oye con sus oídos, mueve la cabeza y desea; pero no tiene resolución ni se mueve, hasta que la ruina viene sobre él como un torbellino y la vergüenza y el arrepentimiento bajan con él á la tumba.



CAPITULO IV.
EMULACION.

Si tu alma tiene sed de honor, si tu oído se complace en escuchar la voz de la alabanza, levántate del polvo de que fuiste creado y eleva tu aspiración á todo aquello que sea digno de elogio.

Sueña con los ejemplos de los hombres eminentes, por la noche, para que durante el día procures imitarlos.

El hombre que forma grandes designios, se complace en ejecutarlos, y su nombre llega hasta los confines del mundo.

Pero el corazón del hombre envidioso está lleno de hiel y de amargura: su lengua solo escupe veneno; el éxito de su vecino le produce la intranquilidad.

Se oculta en su celda, consumiéndose: el bien que disfrutaban los demás es para él, el peor de los males.

El odio y la malicia alimentan su corazón y nunca hay descanso para él. No abriga en su pecho amor por el bien, y por eso juzga que su prójimo es igual á él mismo.

Trata siempre de desprestigiar á todos los que le superan, interpretando mal todos sus actos.

Vive siempre alerta, meditando en el mal, por que el bien ajeno le persigue sin cesar: como la araña se enreda en su propia tela.

El roble que extiende sus ramas hácia el cielo no fué antes sino una bellota en el seno de la tierra.

Procura acudir al llamamiento de tu destino, cualquiera que sea. No dejes que otros hagan el bien antes que tú, sin envidiar por ello los méritos de otro, sino procurando imitarlo.

Evita siempre deprimir á tu competidor en el bien, por procederes ó manejos indignos ó deshonorosos: lucha por superarle; así tu empeño en sobrepujarle será coronado por el honor, si no por el éxito.

La emulacion del espíritu del hombre virtuoso, produce la exaltacion y deseo de adquirir renombre; como en un caballo de carrera el de llegar al término ó á la meta.

Se eleva como la palma, apesar de la opresion, y como el águila se remonta á lo alto del firmamento y fija su mirada en las glorias del sol.



CAPITULO V.
PRUDENCIA.

Oye las palabras de la Prudencia; atiende á sus consejos y dáles cabida en tu corazon. Sus máximas son universales y todas las

virtudes se apoyan en ellas; es el guía y la directora de la vida humana.

Pon brida á tu lengua; pon guardia á tus labios, para que tus propias palabras, no destruyan tu tranquilidad.

Aquel que se burle del lisiado tenga cuidado de no cojear él mismo; el que se complace en hablar de las faltas ajenas, tendrá que oír hablar de las suyas con vergüenza. De hablar mucho viene el arrepentimiento; de guardar silencio viene la salvacion.

El hombre hablador es un perjuicio para la sociedad; el oído se enferma con su charla; el torrente de sus palabras ahoga la conversacion.

No te abatas tu mismo, porque te atraerás el menosprecio; no te burles de los otros, porque te atraerás el peligro.

Una broma ó crítica amarga es el veneno de la amistad; el que no refrene su lengua vivirá lleno de disgustos.

Redúctete siempre á las comodidades de tu condicion; sin embargo, no llegues á gastar todo lo que tengas, para que las

economías de tu juventud te proporcionen las comodidades de tu vejez.

La avaricia es la madre de todas las malas acciones; la frugalidad es el seguro guardian de nuestras virtudes.

Dedica tu atención á tus propios negocios: deja el cuidado del Estado á sus gobernantes.

No permitas que tus recreaciones ó goces sean costosos, para que la pena de comprarlos no supere al placer que has tenido al disfrutarlos.

No dejes que la prosperidad ciegue á la circunspección, ni que la abundancia destierre á la frugalidad; el que conceda demasiado á las superfluidades de la vida, vivirá para lamentarse por la falta de lo necesario.

No te confíes á un hombre antes de haberlo puesto á prueba, sin embargo, no des confíes de él sin razón; no sería caritativo.

Pero cuando tengas la prueba de que un hombre es honrado, guárdalo en tu corazón como un tesoro; considéralo como una alhaja de inestimable valor.

No recibas los favores de un hombre mercenario, ni te unas en amistad con los malvados: tenderán lazos á tu virtud y atraerán pesares á tu alma.

No acabes hoy con lo que mañana puedas necesitar; ni abandones al acaso lo que la previsión te pueda dar ó el cuidado impedir que se pierda.

De la experiencia de los demás aprende la sabiduría: con sus faltas ó errores corrije los tuyos.

Sin embargo, no esperes ni aún de la prudencia un éxito infalible; pues ni el día sabe lo que puede traer la noche.

El tonto no es siempre desgraciado, ni el sabio afortunado. Y con todo, nunca tuvo un tonto un goce completo, ni un sabio fué enteramente desgraciado.



CAPITULO VI.

FORTALEZA.

Peligros y desgracias, necesidades y penas, y sufrimientos, son inherentes á cada hombre que viene al mundo.

Te corresponde, por lo mismo, fortalecer desde el principio tu mente con el valor y la paciencia; para que puedas soportar con resolución la parte de esas calamidades que te reserve el destino.

Como el camello soporta el trabajo, el calor y el hambre y la sed, al traves de los desiertos de arena, y no desmaya, así un hombre de fortaleza sostendrá su virtud al traves de los peligros y las desgracias de la vida.

Un espíritu noble y levantado desdeña los golpes de la Fortuna; la grandeza de su alma no se dejará abatir.

Su felicidad no dependerá de sus favores y por lo mismo no desmayará ante sus desdenes.

Como la roca en el mar, permanecerá firme y el embate de las olas no lo moverá de su base.

Levantará su cabeza como la torre sobre la colina, y los dardos de la Fortuna se abatirán á sus plantas.

En la hora del peligro lo sostendrá el valor de su corazón, y la serenidad de su mente lo salvará de él.

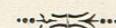
Hará frente á los males de la vida como el hombre que se encuentra en una batalla, y vuelve con la victoria en sus manos.

Bajo la opresión de la desgracia, su calma le aligerará el peso, y su constancia le hará sobreponerse á ella.

Pero el espíritu pusilánime de un hombre tímido lo espondrá siempre á la vergüenza. Por oponerse á la pobreza llegará hasta la bajeza; y oponiendo la humildad á los insultos se atraerá las injurias.

Como se inclina y tiembla la caña al soplo del viento, así la sombra del mal será bastante para hacerlo temblar.

En la hora del peligro se encontrará embarazado y confundido: sucumbirá el día de la desgracia, y la desesperación desbordará de su alma.



CAPITULO VII.
CONTENTO.

No olvides ¡oh hombre! que tu permanencia en la tierra está fijada por la sabiduría del Eterno, quien conoce tu

corazon, ve la vanidad de todos tus deseos, y á veces, en su misericordia, se niega á satisfacerlos.

No obstante esto, su benevolencia ha establecido, en la naturaleza de las cosas, la satisfaccion y buen éxito en todas las empresas buenas y honradas.

La inquietud que experimentes, las desgracias que lamentos, procederán casi siempre de tu propia locura, de tu orgullo ó de tu destemplada fantasia.

No murmures por ello de los decretos de Dios, sino corrige tu corazón. Ni te digas á ti mismo: "¡Si yo tuviera riqueza, poder y holganza, seria feliz!" pues sabe que cada una de esas condiciones trae consigo muchos inconvenientes.

El hombre pobre no sufre las molestias y ansiedades del rico; no siente las dificultades y vacilaciones del poder; ni soporta el fastidio de la ociosidad, y por eso no se queja de su suerte.

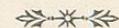
No envidies la apariencia de la felicidad en ningun hombre, por que no conoces sus penas secretas.

Estar satisfecho con poco es la mayor sabiduría, y aquel que aumenta sus riquezas aumenta sus cuidados; pero una mente satisfecha es un tesoro oculto y una defensa contra las penas.

Sin embargo; si no permites que los deslumbramientos de la Fortuna te despojen del sentimiento de lo justo, de la templanza, de la caridad, y de la modestia, las riquezas mismas no podrán hacerte desgraciado.

Pero aún así aprenderás que la copa de la dicha, pura y sin mezcla, no puede ser apurada por un hombre mortal.

La virtud es la carrera á que Dios lo ha destinado, señalándole por término la felicidad; y nadie puede llegar á obtener el premio, sino al terminar esa carrera, recibiendo su corona en la mansion de la eternidad.



CAPITULO VIII.

TEMPLANZA.

La mayor probabilidad de felicidad que se puede tener en este mundo es que el

cielo conceda al hombre la salud, la sabiduría y la paz de la conciencia.

Poseyendo estos bienes, procura conservarlos hasta la vejez, evitando las seducciones de la voluptuosidad y huyendo de sus tentaciones.

Cuando ella te ofrezca las delicadezas de la mesa, cuando el vino brille en las copas, cuando te sonría y te persuada de que debes ser feliz, entónces es la hora de mayor peligro, entónces procura que tu razon permanezca firmemente en guardia.

Pero si escuchas la voz de tu adversario, serás engañado y traicionado.

Lo que ella promete se cambia pronto en locura; y sus deleites conducen á las enfermedades y á la muerte.

Mira al derredor de su mesa, fija tus ojos sobre sus convidados y observa á aquellos que se han dejado seducir por sus sonrisas, que han escuchado sus tentaciones. ¿No los ves flacos? ¿No los ves enfermos? ¿No los ves abatidos?

Sus cortas horas de festividad y de bullicio son seguidas por dias de fastidio y desencanto: ella ha pervertido y paralizado sus apetitos, hasta el punto de no poder gozar de sus mas finas delicadezas. Sus adoradores han llegado á ser sus victimas; justa y natural consecuencia ordenada por Dios, en la constitucion de todas las cosas, para el castigo de los que abusan de sus dones. ¿Pero quien es aquella que con pasos graciosos y aspecto animado se desliza sobre la llanura?

La rosa colora sus mejillas; el aire perfumado de la mañana brota de sus labios; la alegría, templada por la modestia y la inocencia, brilla en sus ojos; y del bienestar de su corazon brotan cánticos mientras camina.

Su nombre es Salud. Es la hija del Ejercicio engendada en la Templanza. Sus hijas habitan las montañas que se extienden en las regiones septentrionales de San Ton Hoe.

Son valientes, activas y alegres, y participan de las bellezas y virtudes de su hermana.

El vigor dilata sus nervios; la fuerza reside en sus huesos; y el trabajo forma su delicia durante todo el día.

Las tareas que les impone su padre avivan su apetito, y las comidas que les ofrece su madre las conforta y descansa.

Combatir sus pasiones es su delicia; desterrar los malos hábitos es su gloria.

Sus placeres son moderados, y por lo mismo, duraderos; su reposo es corto, pero sano y tranquilo.

Su sangre es pura; su imaginación serena; el médico no conoce el camino de sus habitaciones.

Pero la salvación no habita con los hijos del hombre, ni la seguridad se encuentra dentro de sus puertas.

Miradlos expuestos á nuevos peligros del exterior, mientras dentro de sí mismos luchan con un traidor que los pervierte.

Su salud, su fuerza, su belleza y su actividad han despertado dentro de su pecho el amor lascivo.

El entra á su morada, solicita sus miradas, y ofrece sus tentaciones.

Sus miembros son suaves, su aire delicado, su atavio desecho. Se ve la lascivia en sus ojos y en su pecho anidan las tentaciones; les hace seña con el dedo, les hechiza con sus miradas, y trata de engañarles con la dulzura de sus palabras.

¡ Ah! Huye de sus seducciones; cierra tus oídos á sus palabras encantadoras. Si encuentras con tus ojos su lánguido mirar, si oyes su voz acariciadora, si te estrecha entre sus brazos, quedarás ligado á ella para siempre.

Entonces seguirá la vergüenza, la enfermedad, las necesidades, la desazón y el arrepentimiento.

Debilitado con sus caricias, hastiado por la lujuria, estenuado por la pereza, faltará la fuerza en tus miembros y la salud en tu organismo: tus días serán cortos y desgraciados; tus pesares serán muchos y no habrá compasión para ti.

